



ILICI Y LA EVOLUCIÓN TERRITORIAL ENTRE LOS SIGLOS IV Y VII

Antonio Guilabert Mas, Ana Ronda Femenía, Mercedes Tendero Porras

A finales del siglo III, con la reconfiguración de las provincias de Diocleciano, se ponía fin a un modelo territorial concebido por Augusto y que quedaba plenamente articulado en época flavia. Este hecho coincidía con la concesión del *ius latii* y la municipalización de las Baleares, las Pitiusas, *Allon* y las antiguas ciudades fenicias de la costa mediterránea andaluza, amén del renacimiento de *Valentia*, por lo que quedaba totalmente configurado el cuadrante marítimo del sureste peninsular. De esta forma, tanto el canal de Ibiza como los derroteros que partían de él hacia el norte y el sur, formaron una red de puertos privilegiados en una zona vital para las comunicaciones marítimas entre Italia, el golfo de León, el sur peninsular y el norte de África.

Estas ciudades, sin embargo, evidenciaron desde el siglo II trayectorias urbanas divergentes, con muestras

de parálisis y degradación tempranas, mantenimiento o prosperidad, que a finales de la centuria motivaron cambios sensibles en la distribución de los poderes urbanos de la nueva *provincia Carthaginiensis*. Para entonces, *Ilici*, que había capeado con fortaleza el siglo III, pudo beneficiarse de la desaparición o degradación a *vicus* de la vecina *Lucentum*, incrementando su *ager* hacia el norte. Un proceso similar pudo darse hacia el oeste, por el altiplano de Yecla-Jumilla, ante el posible ocaso de *Ilunum* y la probable tutela de los baños de Fortuna. Por todo ello, a inicios del siglo IV, *Ilici* presidiría un *territorium* de enormes proporciones que comprende entre el prebético meridional valenciano y el curso bajo del río Segura, remontando hacia el interior por el curso del río Vinalopó, el altiplano de Yecla-Jumilla y los valles transversales, quizás hasta alcanzar la comarca de Hellín. Esta situación no es baladí, ya que justo entonces, no antes del 298, se iniciaba la reconfiguración del Imperio de la mano de un nuevo diseño provincial que atendía a razones fiscales, judiciales,

<1 Losa sepulcral con simbología cristiana de la Albufereta (archivo fotográfico MARQ).



Principales ciudades con los enclaves costeros y portuarios que jalonaban sus respectivos territoria. Plano de la provincia *Spaniae* bizantina, según Vizcaíno (2009, fig. 2, 48).

annonarias, militares y administrativas, con la creación de algunas provincias nuevas, diócesis, vicarios, cambios de rango de los gobernadores y prefecturas.

Con la definición de la nueva provincia, la mitad meridional de la antigua costa de la Citerior adquirió personalidad propia y articuló las rutas de navegación del cuadrante sureste del Mediterráneo occidental, así como las comunicaciones al Atlántico, África y, por el canal de Ibiza y las Baleares, hacia el cuadrante noreste del Mediterráneo occidental y central. La fachada marítima de la nueva provincia se vertebraba principalmente en torno a tres antiguas colonias, atravesadas también por la vía Augusta, que por entonces mostraban distintos pulsos: *Valentia*, *Ilici* y *Carthago Nova*. Frente a las otras dos, la revisión de las estratigrafías de *Ilici* apunta a un panorama general de prosperidad. La colonia conserva-



Losas sepulcrales con simbología cristiana de la Albufera (archivo fotográfico MARQ).

ba un urbanismo compacto que ocupa todas las áreas sondeadas, con el mantenimiento de sus edificios públicos, especialmente los termas, así como el viario y el alcantarillado. El *Portus Illicitanus* y su cetaria se mostraban a pleno rendimiento, y su *ager* más inmediato exhibía una potente reactivación económica asociada a una profusión de *villæ* sin parangón en el levante peninsular —Algorós, els Partiorets, les Teules, etc.—. A ellos cabría añadir otros asentamientos a lo largo de la vía Augusta, como la villa Petraria, y la reactivación agraria del entorno del extinto *Lucentum* y su embarcadero, asociados a *Ilici* tras la extinción del municipio alicantino. Esta reviviscencia productiva ejemplifica el proceso de concentración de propiedades en manos de unos pocos *possessores* que monumentalizaron algunas *villæ* con funciones residenciales, mientras que otras se destina-

ron a fines productivos o fueron abandonadas dada la ausencia de *partes dominicæ*. Por último, cabría resaltar una serie de villas tardías murcianas, que presentan sus mejores ejemplos en el altiplano de Yecla-Jumilla y en el tramo final de la fosa intrabética murciana, que también pudieron formar parte de las tierras que tutelaría *Ilici*. Ante este panorama, cabe recordar la aceptación de *Carthago Nova* como capital de la nueva provincia, por homonimia y por «sentido común», aunque sigue sin existir, hasta hoy, prueba alguna textual, epigráfica o arqueológica que así lo demuestre.

Sin embargo, a finales del siglo IV e inicios del V, *Ilici* presenta una imagen antitética marcada por el colapso del modelo urbano altoimperial, situación que contrasta con el auge documentado en *Carthago Nova*. Es en esas fechas cuando se hace patente el abandono, ruina y expolio de edificios públicos y privados, la reutilización de algunas construcciones y la contracción del espacio habitado, con áreas marginales *intra mœnia*. Aparecen también vertederos de recesión, la colmatación de los pozos mananciales y el abandono de los sistemas de saneamiento, evidencias todas ellas del surgimiento del modelo urbano tardío y de la definitiva desaparición de la ciudad clásica. El siglo V supuso también el final del sistema de explotación rural de las villas, del *Portus Ilicitanus* y de su *cetaria*, fenómeno que afectará incluso al poblamiento en La Albufereta de Alicante y al cese de actividad de su embarcadero.

Resulta difícil no relacionar estos hechos con la llegada de vándalos asdingos y silingos, alanos y suevos, seguida de romano-visigodos para combatirlos. Este período de fuerte inestabilidad se tradujo en ocasiones en

episodios violentos, como el esgrimido para *Ilici* hacia el 421-422 del que, por ahora, no existen pruebas arqueológicas que lo confirmen. En cambio, sí se vislumbra una creciente inseguridad por la ocultación de tesorillos.

Tras un breve lapso, con la conquista vándala de la costa magrebí, la firma de su *foedus* con Roma en 435 y la ruptura de los tratados por Genserico en 439 —con la toma de *Carthago* y su flota *annonaria*—, el clima de inseguridad volvió a cebarse en el Mediterráneo occidental. La piratería vándala ocupará Córcega, Sicilia, Cerdeña y las Baleares en 455, con el episodio en 460 de la destrucción de la flota imperial de Mayoriano en la rada de *Ilici*, según la crónica de Mario de Avenches (*Chron. s.a.* 460.2). Hacia 468, los vándalos dominarán plenamente el occidente mediterráneo.

Estas situaciones provocaron un cambio en los patrones de asentamiento no urbano, que optaron, a diferencia del modelo dominante en los últimos siglos, por situar los hábitats en lugares encaramados de fácil defensa y control visual del territorio. Este hecho coincidirá con la constricción de la *civitas* ilicitana y la desaparición del sistema de explotación rural basado en las villas, con un trasvase de población hacia estos nuevos enclaves, otros concentrados fundamentalmente en las vías de acceso a la *urbs* que articulaban aún el territorio. Estos hábitats en altura se localizan en el Vinalopó, junto a la vía Augusta y en los valles transversales que enlazan con la costa y, desde ésta, siguen la ruta costera hacia *Dianium* y hacia los fondeaderos de Baver (Benalúa, Alicante) y de La Albufereta. Hacia el sur, se produce la consolidación del camino interior entre *Ilici* y *Carthago Nova*, pasando

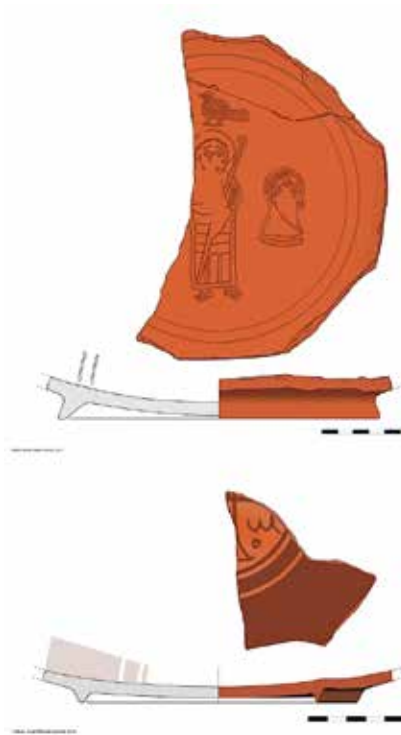
por Orihuela, donde se detecta el afianzamiento de estos poblados en alto que controlan el paso de la fosa intrabética hacia Murcia, ya en el siglo vi. La disposición radial de estos enclaves, su ubicación en las vías de comunicación y su equidistancia —todos se sitúan entre los 21 y los 29 km respecto a *Ilici*—, supone notables semejanzas con la organización territorial de la *Valentia* tardoantigua, con la que comparte el proceso de vertebración de una nueva realidad urbana que, aun dependiendo nominalmente del poder visigodo tras la caída del Imperio de Occidente, mantendrá *de facto* una independencia casi total hasta la conquista bizantina.

Desde finales del siglo v, las muestras de recuperación se sucederán tanto en la *civitas* como en su territorio. Este nuevo escenario, impuesto con la creación de los reinos romano-germánicos, derivó en una relativa normalización de las relaciones entre estados. La consecuencia inmediata fue el incremento notable del tráfico marítimo hacia la antigua *Carthaginensis*, tanto de los *navicularii* dependientes del *regnum* vándalo como de los *negotiatores* del oriente mediterráneo, que abrieron rutas hacia los nuevos mercados bárbaros. Pese a que las importaciones nunca llegaron a ausentarse de la fachada mediterránea ibérica, será ahora cuando comiencen a llegar de forma significativa gracias al control sin oposición del que gozaban los vándalos, dueños de las grandes islas mediterráneas centro-occidentales y de las rutas y derroteros del levante peninsular.

El reflejo inmediato de esta reactivación económica fue el surgimiento o consolidación de una serie de puntos costeros alicantinos abocados al mar que no deben ser entendidos como fenómenos aislados, sino como

parte de la vida política, social y económica de pequeños espacios regionales. A partir de ellos se canalizaron los excedentes de producción hacia estos puntos de intercambio: plaza de San Pedro (La Vila Joiosa), El Albir (Alfàs del Pi), Garganes/Clot de Mingot (Altea), Baños de la Reina (Calp), Punta del Arenal (Xàbia) o Santa Pola tras la desaparición del *Portus Ilicitanus*. Entre todos destaca, sin duda, el caso de Benalúa, reactivado a finales del siglo v, y que se mostrará hasta finales del siglo vi como el nuevo *Portus Ilicitanus*, el desembarcadero principal de *Ilici*, protegido además por el asentamiento en altura del Benacantil. Coincidiendo con ello, se documentan las primeras evidencias de población cristiana en la zona, como lo atestigua el epitafio recuperado en la necrópolis del Tossal de les Basses, datado en 479, con la fórmula «*recessit in pace*», por lo que cabe la posibilidad, aunque controvertida, de que *Ilici* se convirtiera en sede episcopal a comienzos del siglo vi.

Este modelo dual de enclave parece repetirse hacia el norte, en el *ager* teórico de *Dianium*, con Baños de la Reina junto a la costa y El Peñón de Ifach (Calp) como un pequeño establecimiento en altura. En el *vicus* de Baños de la Reina, las investigaciones arqueológicas han aportado un hallazgo decisivo: una iglesia primitiva con dos sarcófagos pétreos en su interior. El enclave disponía de un fondeadero, cuestión estratégica en las funciones de redistribución de mercancías que debió ser determinante para que la villa del siglo iv se transformase, ahora, en un lugar de culto cristiano. Sobre el *oecus* de la lujosa villa de planta radial, se implantaron los muros de la iglesia, algo desdibujados por la erosión, pero que conservan la orien-



Baptisterio de Baños de la Reina (A. Ronda 2009a). Bases de platos de los tipos Hayes 104. A2 con iconografía cristiana y Hayes 87A con decoración espatulada y crismón central, s. vi (dibujos Vicent Sevilla).



tación canónica y el baptisterio, del siglo vi, con dos fases constructivas: una más amplia que permitía la inmersión del creyente, y otra superpuesta, con forma de cruz griega, que reduce el espacio bautismal y lo significa. En el interior del edificio, que supone un vestigio excepcional por su correlación formal con iglesias de Mallorca como Son Peretó y Sa Carrotxa —realidades culturales paralelas en uno y otro lado del mar—, se documentaron varios enterramientos y, anexo al mismo, una gran necrópolis *ad sanctos*. Entre otras producciones, el contexto material lo marcan las TSD2 con improntas de santos y emperado-

res, propias de 525-575, así como las pateras espatuladas (Hayes 87A), alguna decorada con crismón .

En *Ilici*, los primeros materiales con simbología cristiana se datan también en el siglo vi donde, pese a contar con escasas estratigrafías, se aprecia la implantación total del modelo urbano tardorromano, con una concepción más «abierto» en la que se recuperan los espacios otrora marginales. Se documentan los primeros enterramientos intramuros, caracterizados por el empleo de fosas simples y con ajuares prácticamente ausentes. Algunas zonas de hábitat se reconvertirán en áreas de producción,



Placas decoradas procedentes de la basílica de Illici (siglos VI-VII).

en almacenes o se ocuparán con la excavación de silos, usados con posterioridad como basureros y, por primera vez, se practicarán fosas para vertidos en los viarios. Se atestigua a su vez la compartimentación de los edificios que seguían en pie, que redefinen sus usos funcionales dentro de un proceso generalizado que afecta a la arquitectura urbana y rural, tanto pública como privada, entre los siglos v y vi.

No podemos precisar, en el estado actual de la investigación, si esta revitalización urbana puede atribuirse a la existencia de una sede episcopal o fue anterior o posterior a la inclusión de Illici en la órbita bizantina, ya que no existen fuentes documentales ni epigráficas que certifiquen la pertenencia indiscutible de los enclaves alicantinos a la órbita imperial. La cultura material es, por tanto, el

elemento más empleado para defender la inclusión o exclusión pero, no basta solo con la presencia de un lote de materiales, ya que estos aparecen tanto en asentamientos costeros góticos como imperiales. Se trata más de una cuestión de representatividad de la muestra la que, teóricamente, nos permite defender la «mediterraneización» o «desmediterraneización» de los contextos materiales analizados. En este sentido, parece evidente que desde Dianium hacia el sur, la presencia y frecuencia de la cultura material imperial, no sólo cerámica, permite plantear con garantías su inclusión en los dominios romanos de Oriente tras la *renovatio imperii* de Justiniano, aunque esta «bizantinización», más que de una «helenización», se traduzca en la práctica en una «africanización» cultural.

Aceptada pues la inclusión de Illici en la órbita bizantina, quedaría pendiente su incorporación al *regnum visigothorum* de Toledo, asumida tradicionalmente hacia el 625, cuando Suintila conquista *Carthago Spartaria* y expulsa definitivamente a los bizantinos de suelo peninsular. Últimamente se ha propuesto un adelanto de estas fechas al intervalo 589-610, dada la ausencia parcial de las últimas series cerámicas importadas por los bizantinos que sí están presentes en *Carthago Spartaria*. Sin embargo, ello podría deberse simplemente a una mayor representación del ejército y de la administración de Bizancio en Cartagena o a un problema del registro. Por otro lado, pese a las controversias que envuelven al sínodo de Gundemaro del 610, no dejan de ser llamativas las ausencias de Illici, Dianium y *Carthago Spartaria*, así como la convivencia y final absorción de la sede elotana por la ilicitana, por lo que no creemos que, con anterioridad al

mismo, se produjera la anexión de la zona alicantina al reino de Toledo.

Cuestión distinta es lo que acontecerá con Sisebuto después del 612. Artífice de la conquista de la parte meridional de las posesiones imperiales de *Spania* —613 a 616—, dotará a los visigodos de una marina capaz de plantar cara a la imperial y acuñará moneda en *Iliocrica* (Lorca) y *Aorariola* (Orihuela). Ambas cecas son una prueba positiva del control visigodo de la fosa intrabética por el monarca, por lo que parece plausible que tras las fundaciones de *Begastri* y de *Elo* —esta última formando parte de la diócesis ilicitana, segregada por conquista— y después de las campañas de Leovigildo por controlar la Orospeña y las vías de comunicación hacia el sureste, Sisebuto puso fin a la inestabilidad política interna, y el reino toledano avanzará al oriente del sistema prebético, poniendo cerco a los bizantinos al este de la depresión intrabética. Al final de esta, apenas a una treintena de kilómetros de *Aorariola*, se encontraba *Ilici*, las dos ciudades que constituían parte de una misma unidad geográfica, por lo que la captura de ambas así como del puerto ilicitano, situado en el actual Alicante, debió ser simultánea.

Pese a que a lo largo del siglo VII veremos reunificarse la diócesis elotana-ilicitana en su sede original, no cabe duda de que el episodio de la conquista gótica modificó notablemente la realidad territorial ilicitana. La fundación de *Elo*, a finales del siglo VI o inicios del VII, dio origen a un núcleo urbano que perdurará hasta el siglo IX y será citado como una de las ciudades que pasarán a manos mu-

sulmanas en distintas versiones del Pacto de Teodomiro de 713. Lo mismo ocurrirá con *Aorariola/Awryūla* y con *Lucentes/Lqnt* (Alicante), de modo que entre finales del siglo VI e inicios del VIII asistiremos a la disgregación del territorio ilicitano, que dará lugar a cuatro ciudades —visigodas primero y andalusíes después— con sus respectivos territorios. Obviamente, *Ilici/Illš* se corresponde con la antigua colonia, así como *Elo/Ilyih* se erigirá en el Tolmo de Minateda; más complicado resulta identificar la localización exacta de los yacimientos arqueológicos de las dos restantes: *Aorariola/Awryūla* y *Lucentes/Lqnt*.

Es innegable que el legado romano de *Ilici* se había volatilizado, en buena medida, en el siglo VII. Tras su prometedor situación en el siglo IV, compartiendo protagonismo en la fachada marítima de la *Carthaginensis* con *Valentia* y *Carthago Nova*, el siglo V torció su trayectoria, y quedó rezagada respecto a sus vecinas del norte y del sur. La relativa mejoría del siglo VI la situó, de nuevo, entre los potentes puertos marítimos de la *Valentia* visigoda y la *Carthago Spartaria* bizantina. En el siglo VII, tras la expulsión de Bizancio, el cese de sus puertos y embarcaderos, la compartimentación del territorio histórico ilicitano y quizás el declive del viejo trazado de la vía Augusta desde *Ilici* hacia el sur por la costa —reemplazada por la nueva posición de *Aorariola* en el cruce de caminos—, la colocó como una más, y no la principal, de las ciudades rendidas por Teodomiro ante ‘Abd al-‘Azīz b. Mūsā b. Nuṣayr en el año 713, momento a partir del que languidecería hasta su desaparición.